

***Carmen saeculare* de Horacio  
y *Égloga IV* de Virgilio:  
el ritmo del tiempo**

Patricia VILLASEÑOR CUSPINERA

**RESUMEN:** Los tres grandes poetas de la época de Augusto componen obras que se refieren al tiempo, y la *Égloga IV* de Virgilio y el *Carmen saeculare* de Horacio celebran el siglo áureo, cuyo inicio se conmemora con los Juegos Seculares del año 17 a. C.: quizás ello tenga relación con la reforma juliana del calendario romano.

\* \* \*

**ABSTRACT:** The three great poets of the Augustan age all wrote on the subject of time; Virgil's Fourth Eclogue and Horace's *Secular Hymn* celebrate the golden century, whose beginning was marked by the Secular Games of 17 b.C. Perhaps this interest could be related to the Julian reforms of the Roman calendar.

\* \* \*

**PALABRAS CLAVE:** carmen, Horacio, ritmo, secular, tiempo, Virgilio.

**RECEPCIÓN:** 20 de agosto de 2001.

**ACEPTACIÓN:** 11 de septiembre de 2001.



# *Carmen saeculare* de Horacio y *Égloga IV* de Virgilio: el ritmo del tiempo

Patricia VILLASEÑOR CUSPINERA

## I. *El tiempo*

Nada es más real que el tiempo: cotidianamente vemos que todo cambia, sabemos que nunca seremos más jóvenes y nos duele el recuerdo de los momentos que no volverán. Sin embargo, aunque sea “una característica esencial del universo”,<sup>1</sup> nada es menos mensurable que el tiempo: para un niño el tiempo es lento, y cada experiencia, eterna; para un hombre maduro el tiempo “vuela” y los acontecimientos se precipitan; si uno sufre o espera, el tiempo es largo, pero siempre es muy breve el tiempo para la felicidad. No obstante, porque los seres humanos necesitan contar el tiempo de su vida, y medir el lapso en que han sucedido las cosas, imaginan que hay acontecimientos que, al repetirse, pueden servir como medida del tiempo. El tiempo es, para nosotros, lineal: corre siempre hacia delante, y lo que experimentamos es una sucesión de acontecimientos que, suponemos, implica un orden. En cada cultura, se establece la serie de acontecimientos que miden el tiempo y, asimismo, el suceso que da origen a esa serie.<sup>2</sup>

---

\* Este ensayo fue presentado en el III Coloquio Internacional de Estética “Tiempos Imaginarios: Ritmos y Ucronías”, coordinado por María Noel Lapoujade.

<sup>1</sup> Whitrow, citado por Crump, Thomas, *La antropología de los números*, vrs. esp. P. Gómez Crespo, Alianza Editorial, Madrid, 1993, p. 142 n.

<sup>2</sup> Crump, op. cit., pp. 142-143. Como dice Crump en la p. 146, “en cualquier sistema de medición del tiempo, basado, como debe ser, en una sucesión de ‘acontecimientos’, cada uno de estos acontecimientos debe tener su propio nombre”.

Indudablemente, hay sucesos naturales que pueden servir como unidades de medición del tiempo: la medida “natural” más evidente es el rítmico retorno del día y de la noche, señalado por la salida y la puesta del Sol; un ritmo igualmente “natural”, aunque menos seguro, es el que marca la Luna con sus fases. La sucesión de las estaciones fue absolutamente necesaria para las antiguas sociedades agrícolas. Finalmente, la ruta del Sol en el cielo, que se repite también rítmicamente, marca el año, que también es una medida “natural” del tiempo.<sup>3</sup> Por el contrario, una semana, un sexenio, un siglo, un milenio, no tienen nada de natural: dependen del arbitrio de los hombres, y se basan en consideraciones culturales, religiosas o políticas.<sup>4</sup> A la conmemoración de una de estas eras arbitrarias corresponde el *Canto secular* de Horacio.

## II. *El calendario romano*

Los romanos, sin duda, se preocupaban por la medición del tiempo. Eran un pueblo agrícola y un pueblo ritualista: tenían que saber con precisión cuándo era el tiempo en que era necesario realizar ceremonias para que los dioses propiciaran una buena

---

<sup>3</sup> “Los acontecimientos más indicados para la medición del tiempo son los que están determinados por la posición del mundo en la configuración definida por los demás cuerpos celestes —el sol, la luna, los planetas y las estrellas. No importa... que la duración de ciertos períodos no sea conocida con precisión. Todo lo que se necesita es que los movimientos de los cuerpos celestes proporcionen la base del sistema, sea cual sea, empleado para medir el tiempo.” Crump, op. cit., pp. 146-147.

<sup>4</sup> En cuanto a las “horas”, éstas, como unidades fijas de tiempo en que se divide el día y la noche, dependen de la observación de las estrellas: fueron los egipcios quienes dividieron el día en 24 horas y quienes inventaron el reloj de sol para saber la hora durante el día. (Crump, op. cit., p. 151). Entre los romanos, igual que en la mayoría de las sociedades antiguas, las horas tenían distinta duración según las estaciones del año.

cosecha.<sup>5</sup> Así pues, la determinación del calendario era sumamente importante.<sup>6</sup>

Es muy creíble que, en los orígenes, los romanos tuvieran un calendario exclusivamente lunar: el mes romano habría sido, al principio, un mes sinódico, es decir, basado en la observación de las fases de la Luna: a ello corresponden las Calendas (primer día del mes, cuando la Luna puede ser observada por primera vez) y los Idus (el día de la luna llena). Ahora bien, la observación del ritmo lunar, la más sencilla, “es también la más engañosa puesto que cualquier calendario basado en ella está desincronizado con las estaciones”.<sup>7</sup> Así pues, los romanos debieron desarrollar un calendario que correspondiera al ciclo agrícola y que abarcara de la siembra, en primavera, al final del otoño. Es evidente que ese antiguo año romano tenía diez meses y se iniciaba en marzo (quizá en el equinoccio de primavera): aún hoy, los nombres de los meses (septiembre, octubre, noviembre, diciembre) nos recuerdan ese antiguo calendario. Para Ovidio (*Fast.*, I, 33-36), esos diez meses corresponden al tiempo de gestación de un niño (y al tiempo de duelo de una viuda). Según Censorino,<sup>8</sup> había seis meses de 30 días (*cavi*), y cuatro, de 31 (*pleni*). Naturalmente,

---

<sup>5</sup> “Cualquier cultura que se interese por el tiempo se ve implicada casi inevitablemente en un intento por imponer un grado más alto de orden cósmico en el curso de la naturaleza: esto se encuentra en el núcleo de cualquier sistema agrícola. Al mismo tiempo, los signos de aparente desorden cósmico, tales como un eclipse, o la aparición de un cometa, son muy inquietantes.” Crump, op. cit., p. 157.

<sup>6</sup> Las representaciones epigráficas del calendario romano eran los *Fasti*, que, además de los nombres de los meses y de los días, cuando éstos tienen un nombre determinado (*Calendae, Nonae, Idus*), señalaban con las letras A-H las *nundinae*, o días de mercado, y expresaban la cualidad de cada uno de los días mediante iniciales que ahora sólo podemos comprender en parte: F (*fastus*), N (*nefastus*), C (*comitialis*), EN (*endotercius = intercius*: entre fasto y nefasto), NP (?), FP (?) y otras como QRCF, QRSD. Sólo tenemos unos *Fasti* republicanos, los demás son julianos. Cfr. Samuel, Alan E., *Greek and Roman Chronology. Calendars and years in classical antiquity*, C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1972, p. 154.

<sup>7</sup> Crump, op. cit., p. 148. Un mes “lunar” o sinódico, que dura entre 29 y 30 días, puede determinarse con facilidad, pero es incompatible con la duración de un año “solar” y, por consiguiente, con las estaciones.

<sup>8</sup> *De die natali*, XX.2. Censorino vivió en el s. II d.C.

para que el calendario coincidiera con las estaciones, había que agregar los días necesarios para que el año tuviera por lo menos 360 días; no tenemos la menor idea de cómo se hacía esto, pero es muy probable que esos días se añadieran, en forma más bien irregular, y de acuerdo con la observación astronómica, entre el décimo mes y el primero, entre diciembre y marzo. No sabemos cuándo se fijó el principio de año en el mes de enero: según algunos,<sup>9</sup> esto sucedió a partir de 153 a.C., cuando se hizo alguna reforma al calendario romano; sin embargo, la mayoría de los autores antiguos<sup>10</sup> piensa que enero había sido el primer mes desde tiempos inmemoriales y que había sido el rey Numa quien lo instituyó. Asimismo, los romanos pensaban que el mismo rey Numa había sido quien estableció el calendario de doce meses y 355 días y quien fijó a enero como primer mes.<sup>11</sup>

Sin embargo, es probable que, al iniciarse la república (o en el año 509: *L. Iunio Bruto L. Tarquinio Collatino coss.*, o en el año 453 a.C., es decir, trescientos años *a.V.c.*) haya comenzado un nuevo calendario, el llamado calendario republicano, que tenía doce meses: *Martius*, *Maius*, *Quintilis* y *October* eran de 31 días; *Februarius*, de 28 y los demás (*Ianuarius*, *Aprilis*, *Iunius*, *Sextilis*, *September*, *November* y *December*), de 30. El año, entonces, tenía 355 días; para lograr la sincronización con el año tropical, los romanos recurrieron a la *intercalatio*, es decir, a la inserción de un mes de diversa longitud dentro del mes de febrero, después de la celebración de los *Terminalia* (VI. a.d. Kal. Mart., es decir el día 24).<sup>12</sup> No sabemos si alguna vez hubo un patrón regular para la intercalación; lo que es seguro es que los pontífices tenían la prerrogativa de declarar meses intercalares cuando lo juzgaban

<sup>9</sup> *Fasti Prenestini ad Kal. Ian.*, Tito Livio, *Periocha*, XLVII, 5, y Casiodoro, *chron.*

<sup>10</sup> Plut., *Numa*, 18; Ov., *Fast.*, I, 47-48.

<sup>11</sup> Cf. Ov., *Fast.*, I, 43-44: *at Numa nec lanum nec avitas praeterit umbras / mensibus antiquis praeposuitque duos.*

<sup>12</sup> Según Michels, citado por Samuel, op. cit., p. 161, el mes intercalar duraba siempre 27 días, pero, cuando era deseable añadir 23 días, en lugar de 22 [al año], se permitía que febrero continuara durante el día 24°, en lugar de terminarlo el 23°.

conveniente en relación con las ceremonias rituales; con toda seguridad, muchas veces esto se hacía por motivos nada honorables; sea por negligencia o por corrupción política, los pontífices solían manipular el calendario. Esta arbitrariedad en la intercalación hizo que el calendario fuera inútil para los agricultores como Catón y para los estrategas como Pompeyo, que preferían guiarse por la observación personal de los astros. Sin embargo, el calendario era necesario en la vida civil de los romanos y su ineficacia para indicar el tiempo era seria: Cicerón, en algunas de sus cartas a Ático, expresa su incertidumbre respecto a la intercalación del año en que escribe, y una de esas cartas está fechada en los Idus de febrero, sólo diez días antes de que comenzara el mes intercalar.<sup>13</sup> Según Suetonio (*Div. Iul.*, 40, 1), las fiestas de la cosecha y de la vendimia no coincidían ni con la verdadera cosecha ni con la recolección de las uvas en el otoño. La situación era realmente confusa.<sup>14</sup>

En el año 46 a.C., Julio César estableció el mayor logro de su vida política: la reforma del calendario romano que, hasta la época del papa Gregorio XIII (1582), rigió la vida de los hombres en el mundo occidental. La reforma, hecha con la asesoría del astrónomo Sosígenes, debía sincronizar el calendario romano con el curso del Sol a través del Zodíaco: tenía, pues, 365 días repartidos en doce meses de duración fija (la misma que tenemos hoy) y, cada cuatro años, el sexto día antes de las calendas de marzo (24 de febrero) era doble: *bis sextum Kal. Mart.* Para la reforma, se tuvieron que agregar sesenta y siete días al año 46, repartidos en dos meses “intercalares” entre noviembre y diciembre, además del mes intercalar normal que se debía agregar al final de febrero. En el calendario juliano, se buscó conservar las fechas rituales y, para ello, se asignaba diverso número de días a los meses. Sin embargo, sea por un error de cálculo calendárico

<sup>13</sup> Cic., *Att.* V, 9, 2, 13, 3 y 21,14.

<sup>14</sup> Macrobio (*Sat.*, I, 16, 3) dice que el año 46 fue *annus confusionis ultimus*. Cfr. Geraldine Herbert-Brown, *Ovid and the Fasti. An historical study*, Oxford, Clarendon Press, 1994, pp. 15-26.

del propio César, sea por un error de interpretación de los pontífices,<sup>15</sup> aún había tres días de más, que Augusto eliminó mediante el expediente de suprimir los años bisiestos durante doce años. Por las reformas hechas al calendario, a César y a Augusto se les recompensó con la inclusión de sus nombres en el calendario: el mes *Quintilis* se convirtió en *Iulius* en el año 45, y *Sextilis* en *Augustus* en el año 8 a.C. (Suet., *Aug.*, 31, 2).

No es fácil que nosotros, habituados durante siglos al calendario gregoriano, comprendamos el impacto de esa reforma: por primera vez, los romanos tenían un cómputo confiable del año; por primera vez se podían celebrar las fiestas religiosas públicas de manera regular, y las privadas, como los cumpleaños, tenían una fecha precisa; por primera vez, el tiempo romano tenía un ritmo.

### III. *Los poetas augusteos y el tiempo. La edad de oro*

Quizá el impacto de esa reforma haya inspirado a los grandes poetas de la época de Augusto a que compusieran obras que conmemoran la medida del tiempo. Sin duda, todos ellos, poetas doctos, concedores de la ciencia, imitadores de los poetas helenísticos y, por consiguiente, admiradores de Arato, que tan bellamente expresó en sus *Phaenomena* el cosmos y su movimiento, sabían apreciar el que en Roma se armonizara el ritmo del universo con el ritmo del calendario, y a ello respondieron con el ritmo de su poesía: Virgilio, con la égloga IV, Horacio, con el *Carmen Saeculare*, y Ovidio. Quizá haya sido Ovidio quien lo hizo más específicamente: “tiempos y causas”, “tiempos y signos”

---

<sup>15</sup> Según Pierre Brind'Amour, (“L’Origine des Jeux Séculaires”, en *ANRW*, II. *Principat*, 16.2, Walter de Gruyter, Berlin-New York, 1992, p. 1362), el error consistió en pensar que el calendario romano tenía como punto de partida el segundo consulado de *T. Menenius Agrippa Lanatus*, en 440 a.C., y no el primero, en 452 a.C. Para los romanos de la época imperial, el error de los pontífices había consistido en agregar un día *bis sextum* cada tres años, según la forma romana inclusiva de contar el tiempo, y no cada cuatro.



son el tema de los *Fastos*,<sup>16</sup> ese curioso y audaz intento de hacer poesía a partir de un almanaque, pero los *Fastos* no son asunto de este ensayo.

Claro que, en el análisis del *Carmen Saeculare* y de la Égloga IV, hay que tener en cuenta otras consideraciones que también tienen que ver con el ritmo del tiempo: los poetas augusteos respondían con sus versos a su propio tiempo en el cual, tan importante como el calendario juliano era la política. Para los escritores de fines del siglo I a.C., la historia romana era un proceso que culminaba en el imperio de Augusto; por consiguiente, era importante que se marcara este momento en el cual Roma ya tenía el dominio del mundo, un dominio que duraría por siempre. Ellos pensaban que con Augusto se iniciaba una era de paz y prosperidad, pero una era depende de un ciclo temporal; había que encontrar, entonces, en qué ciclo se inscribía el auge de Roma. Ahora bien, si el tiempo histórico romano, el tiempo “medible”, significativo, se había iniciado con la fundación de Roma (*ab Vrbe condita*), la señal que marcara el auge romano debía relacionarse con ese acontecimiento fundamental. Por otro lado, el mito de las edades de los hombres; perteneciente a la cultura griega, pero enteramente asimilado por los romanos, proporcionaba un ciclo en el cual la época final, la de la raza de hierro, en la que se circunscribe el tiempo histórico, daría lugar a una nueva época inicial, la de la raza de oro. Ambas tradiciones, la histórica y la mítica, se encuentran en la idea del “tiempo secular”.

Un siglo (*saeculum*) representa la máxima edad que, en teoría, podría alcanzar un ser humano; Censorino dice que es el espacio más largo de una vida humana, definido por el nacimiento y la muerte (*spatium vitae humanae longissimum partu et morte definitum*).<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Ov., *Fast.*, I, 1-2: *Tempora cum causis Latium digesta per annum / lapsaque sub terras ortaque signa canam.*

<sup>17</sup> Cens., *De die natali liber*, 17.1. Aunque Varrón (*L. L.*, 6. 11) deriva la palabra *saeculum* de *senex*, lo más probable es que se trate de un nombre formado por la raíz

Los etruscos fueron, según el mismo Censorino, el único pueblo que señaló con claridad la duración del *saeculum*; éste se mide a partir de la fundación de una urbe y dura hasta el momento de la muerte del hombre que haya vivido más tiempo entre aquellos que habían nacido el mismo día de esa fundación. Obviamente, nadie podría saber con certeza cuándo terminaba un siglo de esta clase, pero había siempre portentos divinos que advertían a los hombres cuándo sucedía esto, y que los harúspices podían interpretar y anotar. Ahora bien, los romanos, quizá para evitar la incertidumbre y las falsas interpretaciones, establecieron que los siglos fueran señalados por la celebración de Juegos, los llamados *Ludi Saeculares*, y que éstos se realizaran, según algunos, cada cien años;<sup>18</sup> según otros, cada ciento diez años: un *ingens lustrum*.<sup>19</sup> La institución de los Juegos Seculares, según la tradición, estaba prescrita en los libros Sibilinos que el rey Tarquinio había recibido de la Sibila de Cumas y que, por consiguiente, habían sido escritos en griego y dictados por Apolo, el dios oracular por antonomasia de los griegos.<sup>20</sup> Sin embargo, también existía una leyenda que los remontaba a un sabino, *Valesius*,<sup>21</sup> que había curado a sus hijos de la fiebre haciéndoles

---

\*sē(i)-, “sembrar” (*serere*): “generación”, “edad”. Cfr. Walde, A., y Hofmann, J. B., *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch*, 5a. ed., Carl Winter-Universität Verlag, 1972, s. v. *saeculum*. En Lucrecio, *saeculum* equivale a “raza”, “edad”.

<sup>18</sup> Tito Livio y Varrón consideraban que el período era de cien años. Ello dio pie a que el emperador Claudio celebrara unos Juegos Seculares en el año 47 de nuestra era.

<sup>19</sup> Hor., *C. S.*, vv. 21-22: *certus undenos decies per annos / orbis*, y v. 67: *alterum in lustrum*.

<sup>20</sup> Como dice John F. Hall, III, “La mayoría de los autores modernos considera que los Juegos Seculares se instituyeron en 249 a.C., bajo la dirección de los decenviros y con la autoridad de los Libros Sibilinos, que quizá se consultaron como resultado de portentos adversos surgidos de la Primera Guerra Púnica” (“*The Saeculum Novum of Augustus and its Etruscan Antecedents*”, *ANRW II. Principat*, Band 16.3, Walter de Gruyter, Berlin-New York, 1986, pp. 2564-2589).

<sup>21</sup> El nombre, convertido en *Valerius* por rotacismo, tiene en sí la connotación de la “salud”: *valere* es estar sano en latín. Se pensaba que los Juegos Seculares habían sido instituidos por *P. Valerius Publicola*, descendiente del sabino *Valesius*, para

beber agua del Tíber hervida sobre el altar de los dioses del Inframundo. Así pues, como muchas de las tradiciones romanas revividas por Augusto, la de los Juegos Seculares unía lo típicamente romano con lo griego y con lo etrusco.

Augusto, que sabía utilizar muy bien cualquier circunstancia para sus fines políticos (tanto el tiempo como la religión, tanto el arte arquitectónico como la literatura) consideró que el año 17 era favorable para celebrar los Juegos Seculares: el mundo romano estaba en paz, se habían decretado las leyes que debían restaurar las antiguas costumbres (*leges Iuliae de maritandis ordinibus* y *lex Iulia de adulteriis coercendis*), se había renovado el Senado y el *imperium* estaba firmemente consolidado con Agripa como “primer ministro”. Además, se celebraba entonces el décimo aniversario de la “restauración de la República” y de que se le otorgara a Octaviano el título de Augusto. Se ordenó que los decenviros copiaran nuevamente los libros sibilinos y que éstos fueran depositados en el templo de Apolo en el Palatino (Suet., *Aug.*, 31, 1). Se acuñaron monedas que conmemoraran la ceremonia y, en especial, que recordaran al príncipe que la presidió.

Estos Juegos Seculares (Suet., *Aug.*, 31, 4) se consideraron como el inicio de la nueva edad de oro. Esta Edad de Oro, que traería paz y prosperidad a Roma durante el siglo siguiente, era anhelada desde mediados del siglo: en 49 a.C. debió haberse celebrado la entrada al nuevo siglo, si se contaba como una era de cien años, tal como lo hacen Varrón, Valerio Antias y Censorino (*De die natali*, 8). También en el año 44, tras el asesinato del dictador, un harúspice, Vulcacio (que murió instantáneamente después), interpretó la aparición del *sidus Iulius* (un cometa) como el signo del comienzo del nuevo siglo.<sup>22</sup>

---

alejar una peste de la urbe. Entre los quinceviro de la época de los Juegos Seculares augusteos, había dos Valerios: *M. Valerius Messalla Potitus* y *M. Valerius Messalla Messallinus*.

<sup>22</sup> Cfr. *The Cambridge Ancient History*, vol. X, Jones, H. S., cap. V. *The Princeps*, III: Further developments: the new *saeculum*, pp. 143-151, y Nock, A.

Virgilio es el primer poeta que anuncia el surgimiento de la *gens aurea* en su propio tiempo: en la égloga se expresa el voto de que sea él quien cante el auge del siglo (vv. 53-59). Quizá el poeta pensaba en que el séptimo centenario de la fundación de Roma se cumplía en el año 40 a.C., durante el consulado de Asinio Polión, y que era ése un año apropiado para que se iniciara, con el nacimiento de un niño, sin duda divino (“caro retoño de dioses, magno incremento de Jove”),<sup>23</sup> la nueva época:

Ya ha llegado la última edad del carmen de Cumas,  
 el orden magno de los siglos nace de nuevo...  
 ya una nueva progenie desde el alto cielo es enviada,  
 Tú al niño que ahora nace, con quien la gente de hierro  
 se irá primero, y en todo el mundo surgirá la de oro,  
 favorece, casta Lucina...  
 Y siendo así, tú, siendo tú el cónsul, esta gloria del tiempo  
 entrará, Polión, y comenzarán los magnos meses su avance,  
 siendo tú el jefe...<sup>24</sup>

Y en los versos en que se indica el cumplimiento del áureo siglo, como una especie de eco a la admonición que hace Arato de observar el universo, se nos recuerda que ese cumplimiento depende del tiempo cósmico:

Mira el vacilante mundo de mole convexa,  
 y las tierras y el trecho del mar, y el cielo profundo:  
 mira cómo todo se alegra por el siglo que viene.<sup>25</sup>

---

D., cap. XV. Religious developments, III: The Augustan restoration, 475-481, Cambridge University Press, 1982 (reimpr. 1934).

<sup>23</sup> *Ecl.* IV, v. 49: *cara deum soboles, magnum Iovis incrementum*

<sup>24</sup> *Ecl.* IV, vv. 4-13: *Vltima Cumaevi venit iam carmen aetas / magnus ab integro saeculorum nascitur ordo... iam nova progenies caelo demittitur alto. / Tu modo nascenti puero quo ferrea primum / desinet ac toto surget gens aurea mundo, / casta fave, Lucina... teque adeo decus hoc aevi, te consule, inibit, / Pollio, et incipiunt magni procerere menses, / te duce...* (trad. R. Bonifaz Nuño).

<sup>25</sup> *Ecl.* IV, vv. 50-53: *aspice convexo nutantem pondere mundum, / terrasque tractusque maris caelumque profundum; / aspice venturo laetantur ut omnia saeclo.*

En cambio, pocos meses antes de su muerte en el año 19, el poeta hace que Anquises, en la *Eneida*, prediga, con seguridad y claridad, que será Augusto quien funde los *aurea saecula*, es decir, quien presidirá la celebración de los Juegos Seculares del año 17:

...Aquí, César y toda, de Julo,  
la progenie que ha de venir bajo el eje magno del cielo.  
Éste, el hombre, éste es el que oyes que te es prometido  
a menudo,  
Augusto César, raza de un dios, que fundará los dorados  
siglos...<sup>26</sup>

#### IV. Horacio y los Juegos Seculares

A Horacio se le encargó componer el himno para los Juegos Seculares, que se celebraron del primero al tres de junio del año 17 a.C., según lo decretado por los quindecenviros:<sup>27</sup> en ese año se conmemoraba el quinto siglo (de 110 años) de la fundación de la república.<sup>28</sup>

Los *Ludi Saeculares* duraban tres días y tres noches,<sup>29</sup> y el himno compuesto por Horacio fue cantado, durante la procesión

<sup>26</sup> *Aen.*, VI, vv. 789-794: *Hic Caesar et omnis Iuli / progenies magnum caeli ventura sub axem. / Hic vir, hic est, tibi quem promitti saepius audis, / Augustus Caesar, Divi genus, aurea condet / saecula...* (trad. R. Bonifaz Nuño).

<sup>27</sup> Cfr. *Hor.*, *C. S.*, v. 2: *quindecim virorum*. Los *quindecimviri sacris faciundis* eran los sacerdotes encargados, fundamentalmente, del cuidado y de la interpretación de los Libros Sibilinos. En esta época, los quindecenviros eran de hecho 21 y entre ellos estaban Augusto y su principal ministro, Agripa. (Horace, *Epodes and Odes*. A new annotated Latin edition by Daniel H. Garrison, Univ. of Oklahoma Press, pp. 139-141).

<sup>28</sup> *Cens.*, 17, 11: *Quintos ludos C. Furnio C. Iunio Silano Coss. anno DCCXXXVII Caesar Augustus et Agrippa fecerunt*. Habría que recordar que, sea en 235, sea en 207 a.C., durante el consulado de Livio Salinator, el himno para los Juegos en honor de Juno Moneta, cantado por 27 niños y 27 niñas durante los tres primeros días de junio, fue compuesto por Livio Andronico, el *inventor* de la poesía latina. Los *Fasti Capitolini* dan el año 236 a.C. como fecha de los terceros Juegos Seculares.

<sup>29</sup> *Hor.*, *C. S.*, vv. 23-24: *ter die claro, totiesque grata / nocte frequentes*.

que cerraba el festival, por un coro de 27 niños y 27 niñas, elegidos de familias nobles<sup>30</sup> en que ambos padres vivían (*patrimi et matrimi*).<sup>31</sup> Las ceremonias nocturnas, que se celebraban a la luz de la luna llena, recogían el rito ancestral: así, Augusto presidió los sacrificios, de carácter catártico, a la Madre Tierra, a las Parcas y a Ilitía, pero se evitó toda alusión a las deidades terribles de la noche (*Dis pater et Proserpina*): todo debía apuntar a la esperanza del nacimiento de una edad nueva y mejor que todas las anteriores. En cambio, las ceremonias diurnas eran más bien nuevas y en ellas se invocaba a los dioses protectores del Estado (*C. S.*, v. 7: “a las deidades que los siete montes / miran propicias”: *dis, quibus septem placuere colles*): a Júpiter, a Juno, a Apolo y a Diana (aunque no a Marte) y a las nuevas deidades imperiales; estas ceremonias fueron presididas tanto por Augusto como por Agripa. Todas ellas tuvieron lugar en el Tarento,<sup>32</sup> dentro del Campo de Marte. El himno fue cantado tanto en el Palatino como en el Capitolio y debió de haber conmovido al pueblo romano porque fue, sin duda, la expresión de la esperanza en que el pasado tormentoso había quedado atrás y comenzaba para Roma una era de paz, de abundancia y de poderío. Este poema es la culminación de la carrera de Horacio como *vates* y uno de los monumentos de la *pax Augusta*.

El *Canto Secular* es, básicamente, un himno a Febo y a Diana que, por encima de sus múltiples atributos, son el “brillante adorno del cielo”:<sup>33</sup> ellos son la representación, respectivamente, del Sol y de la Luna. No es casualidad que Horacio se dirija al primero como al “Sol nutricio”:

---

<sup>30</sup> En las cuales el matrimonio se había celebrado según la fórmula más antigua y más sagrada, la *confaeratio*.

<sup>31</sup> *CIL* 6.32323.

<sup>32</sup> El “Tarento” era una depresión del campo de Marte, donde estaba enterrado un altar que se sacaba a la luz del día durante los Juegos Seculares, y se enterraba nuevamente cuando éstos habían concluido.

<sup>33</sup> *Hor.*, *C. S.*, v. 2: *lucidum caeli decus*.

Sol que conduces en fulgente carro,  
vario y el mismo, sin cesar, el día,  
nada mayor que la romana gloria  
miren tus ojos.<sup>34</sup>

y que se dirija a la segunda, como a la *Luna, reina de los astros*,  
con palabras como éstas:

de las doncellas el clamor escucha,  
reina bicorne.<sup>35</sup>

El himno de Horacio, cuando alude al origen troyano de Roma expresa, al igual que la *Eneida*, el ideal romano de paz y concordia: Roma, obra de los dioses, surgió cuando, guiadas por el “casto Eneas”, las tropas ilíacas llegaron a la costa etrusca, y cambiaron sus Lares por los romanos, ganando así más de lo que habían perdido.

Si es obra vuestra la potente Roma,  
si por vosotros se salvó el troyano,  
para fundar en la ribera etrusca  
nuevas ciudades:  
si entre las ruinas del Ilión ardido,  
sobreviviendo a la asolada patria,  
de nueva gloria señalara Eneas  
libre camino.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> Hor., C. S., vv. 9-11: *Alme Sol, curru nitido diem qui / promis et celas, aliusque et idem / nasceris* (trad. M. Menéndez Pelayo). Como dice Hall, op. cit., p. 2572: “se sabe que el Sol y la Luna han estado asociados tradicionalmente a las ceremonias seculares, sin duda como resultado de su aspecto cronológico”.

<sup>35</sup> Hor., C. S., vv. 35-36: *siderum regina bicornis, audi, / Luna, puellas* (trad. M. Menéndez Pelayo).

<sup>36</sup> Hor. C. S., vv. 37-52: *Roma si vestrum est opus, Iliaequae / litus Etruscum tenere turmae, / iussa pars mutare Lares et urbem, / sospite cursu: / cui per ardentem sine fraude Troiam / castus Aeneas, patriae superstes, / liberum munivit iter, daturus / plura relictis; / Quaeque vos bobus veneratur albis, / clarus Anchisae Venerisque sanguis / impetret, bellante prior, iacentem / lenis in hostem* (trad. M. Menéndez Pelayo).

Lo que ruegan los niños a Apolo y a Diana, en el “tiempo sagrado” de los Juegos, es lo que el poeta cree que se logrará con la política de Augusto: la majestad de la urbe romana (vv. 11-12: *possis nihil urbe Roma / visere maius!*), la fertilidad de las familias (*prolem*) y la salud de las madres, la prosperidad (*rem*), la honradez (*probos mores*), la tranquilidad (*quietem*), la gloria (*decus omne*).<sup>37</sup> Esto, se dice, es para que los dioses aseguren que los romanos tendrán suficiente descendencia para que sea posible celebrar los siguientes Juegos Seculares: “porque once giros al cumplir la rueda / de los diez años, vuelva a henchir de juegos / y sacros himnos tres serenas noches, / tres claros días”:<sup>38</sup> *certus undenos decies per annos / orbis, ut cantus referatque ludos, / ter die claro, totiesque grata / nocte frequentes* (vv. 21-24).

Todo se resume en la estrofa siguiente:

Ya Fe y Honor y Castidad retornan,  
y la Virtud que de la tierra huyera,  
y la Abundancia que del cuerno opimo  
bienes derrama.<sup>39</sup>

Ya Virgilio había dicho que la Edad de Oro fue y ha de ser una edad de gran prosperidad, sin que para ella sea necesario el trabajo del hombre: “dará todo toda la tierra”: *omnis feret omnia Tellus* (v. 39). Y también había dicho que “ya torna la Virgen” (*iam redit et Virgo*: v. 6) quien, como todos sabían, es Astrea, es decir, *Dike*, la Justicia, la Virtud por excelencia, a quien Arato había cantado en sus versos (*Phaen.*, vv. 96 ss.):

---

<sup>37</sup> Hor., *C. S.*, vv. 52-56: *di, probos mores docili iuventae / di, senectuti placidae quietem; / Romulae genti date remque prolemque / et decus omne* (“al dócil joven conceded virtudes, / dad al anciano plácido sosiego, / gloria y honor a la romana gente, / prole y riquezas”). La traducción es de M. Menéndez Pelayo.

<sup>38</sup> La traducción es de G. Méndez Plancarte.

<sup>39</sup> Hor., *C. S.*, vv. 57-60: *Iam Fides et Pax et Honor Pudorque / priscus, et neglecta redire Virtus / audet; apparetque beata pleno / Copia cornu* (trad. M. Menéndez Pelayo).



Del Boyero debajo de los dos pies, mirar podrías  
a la Virgen que lleva resplandeciente Espiga en la mano...<sup>40</sup>

Son las Parcas, “concordes con la estable voluntad de los hados”, según dice Virgilio (*concordes stabili fatorum numine*, *Ecl.* IV, v. 47), las deidades a quienes corresponderá que el siglo naciente se renueve por siempre felizmente:<sup>41</sup>

Y las que a Roma con verdad sus faustos  
destinos, Parcas, anunciasteis, nuevos,  
juntad benignas, a los ya cumplidos  
hados dichosos.<sup>42</sup>

Infortunadamente, ni los Juegos Seculares ni los poemas de Virgilio y de Horacio pudieron lograr el advenimiento de la edad de oro. Una generación después, toda esperanza en las “honradas costumbres”, en el sometimiento del orbe a Roma y en una prosperidad acompañada de libertad y gloria, se ha perdido.

## 7. Conclusión

Hay que concluir: para Aristóteles,<sup>43</sup> el tiempo es la medida del movimiento; para Platón, el ritmo es el orden del movimiento;<sup>44</sup> un canto afirma, entonces, el orden en el tiempo. Al observar el ritmo del universo, el hombre conoce el orden:

<sup>40</sup> La traducción es de Pedro C. Tapia.

<sup>41</sup> A las Parcas se sacrificaban tres corderas negras y tres cabritas negras durante la primera noche de los Juegos.

<sup>42</sup> *C. S.*, vv. 25-28 : *Vosque, veraces cecinisse Parcae / quod semel dictum est, stabilisque rerum / terminus servet, bona iam peractis / iungite fata* (trad. G. Méndez Plancarte).

<sup>43</sup> *Aris.*, *Phys.*, IV, 11, 219a: ὁ χρόνος ἀριθμός ἐστι κινέσεως κατὰ τὸ πρότον καὶ ὕστερον.

<sup>44</sup> Platón, *Lg.*, 665a: ῥυθμός ἢ τῆς κινέσεως τάξις.

cuando el calendario que rige la vida de los hombres se ordena en ritmo con el universo, se puede percibir el ritmo del tiempo que surge del cosmos, y los artistas pueden plasmarlo en sus obras. Se puede decir, pues, que Virgilio y Horacio, al celebrar la esperanza en la paz y la prosperidad, saben captar el ritmo de su tiempo. Tal vez con esto quiera yo decir, simplemente, que ahora, un poco después de veinte siglos (de 100 años) desde los Juegos Seculares de Augusto, aún buscamos, en el ritmo de las palabras de los grandes autores, una manera de lograr que nuestra sociedad y nuestro tiempo estén en armonía con el ritmo del universo.